Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

LA VIDA PRESENTE Y LA FUTURA

En el cielo está la vida que no se acaba con la muerte
(S. Gregorio Magno)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18847/96
ISBN: 84-7770-295-0
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

INDICE

Presentación 4
BREVEDAD DE LA VIDA PRESENTE
– ¿Qué es nuestra vida? 6
– Rapidez y brevedad del tiempo. 7
– La vida humana es un camino
por el que vamos todos. 9
– Transitoriedad de la vida. 12
– ¿Para qué vivir? 14
– No perdamos el tiempo. 16
– El tiempo huye... 18
– Precio del tiempo. 20
–Hagamos buen uso del tiempo. 22
– Vivamos como cristianos. 25
– Pon fin a tus torpezas. 27
– No vivas en pecado mortal. 29
– Conviértete al Señor tu Dios. 31
– Todos hemos de ir a la eternidad. 34
– Fin de nuestra peregrinación. 36
– No perdamos de vista el «más allá». 39
– El cielo. 41

Presentación

En la Biblia, el libro de la revelación divina, se nos dice que Dios es el autor del mundo y del hombre, y por tanto nosotros somo hechura suya, pues «El nos hizo y somos suyos» (Sal. 100,3), y Él es el que nos ha colocado en la tierra en la que disfrutamos de una vida corta, pero con un destino no sólo temporal sino eterno, al cual todo hombre está orientado y llamado.

El Conc. Vaticano II nos dice: «El hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz situado más allá de las fronteras de la miseria terrena» (GS. 18). Nuestra vida la podemos considerar bajo un doble aspecto, bajo el aspecto del tiempo y del de la eternidad. Bajo el aspecto temporal es muy breve, y breve, por tanto, es la posesión de las riquezas, de los honores y placeres, tras los cuales vanamente co-

rremos, porque con la muerte quedarán aquí todos, y esto debe hacernos reflexionar sobre la gran vanidad de muchas de las cosas que nos rodean.

Ya el santo Job nos dice: «El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias, brota como una flor y se marchita (14,1)».

Mas la vida bajo el aspecto de lo eterno es una vida duradera, que no acaba con la muerte, por cuanto el hombre ha sido creado para la inmortalidad (Sab. 2,25). Y de esta vida Jesucristo nos habló muchas veces y nos dijo claramente que «el que creyere en Él tendría vida eterna» (Jn. 3,15), y que lo que teníamos que hacer para lograr la vida eterna, era «guardar sus mandamientos (Mt. 19,17).

Mi finalidad en este libro es exponer qué es la vida humana o presente, y cuál la vida futura a la que estamos destinados, pues nos interesa a todos conocer bien para qué nos ha dado Dios la vida y cómo hemos de vivirla, y al reconocer su brevedad y que estamos aquí de paso, nuestro deber es aprovechar lo mejor posible el tiempo para lograr la vida bienaventurada y eterna, o sea, reconocer que lo más importante es no perder la vista en el «más allá».

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 1 octubre 1995.

BREVEDAD DE LA VIDA

¿Qué es nuestra vida?

El apóstol Santiago es el que hace esta pregunta con su respuesta: *¿Qué es nuestra vida? Es un vapor que se desvanece»* (4,15) *«El aspecto de este mundo pasa rápidamente»* (1 Cor. 7,31). El día actual pasa, dice el poeta, e ignoramos si veremos la luz del día siguiente: ¿será un día de calma o de trabajo? No lo sabemos. Así pasa la gloria del mundo.

«Nuestra vida, dice San Gregorio Magno, se parece a un navegante, ora esté de pie, ora sentado, y anda empujado por los vientos. Tal es nuestra vida: ora velemos, ora durmanos, ya guardemos silencio, ya hablemos, o nos paseemos, querámoslo o no, cada día y cada instante, nos acercamos al término de nuestro viaje» (Lib. 6. Epist. 26 ad Andream).

Comentando aquel versículo del Salmista *«Beberá del torrente durante el camino»* (10, 7), dice San Agustín: La rapidez de las olas representa la mortalidad de los hombres; porque, así como un torrente aumentado por las abundantes lluvias se desborda, hace ruido, corre, disminuye corriendo, y llega al fin de su carrera, así también el hombre nace, vive un momento y muere; y con su muerte cede su lugar a

otro que pronto morirá también. ¿Qué estabilidad hay en el tiempo? ¿Qué vemos que no marche veloz?. Toda esta lluvia, todos esos torrentes y ríos van a sepultarse en el abismo (InPs, supra).

Se cuenta de un matrimonio joven que tuvo un hijo enfermizo y raquítico. Una hora, después de nacer, moría. En su tumba pusieron esta inscripción: «Nació... lloró... murió». Esto es lo que hacemos en los pocos días de vida de que disponemos: Nacemos, lloramos, morimos. Y nada de esto podemos evitar. Nuestra vida es breve, y tenemos que reconocer que dependemos de Dios.

En la Biblia leemos: *«Toda carne (o sea, todo hombre) es heno, y toda su gloria como la flor de los campos, que se seca y se marchita»* (Is. 40,6). *«El hombre que camina no es más que una sombra, un soplo que se agita y amontona sin saber para quien»* (Sal. 90, 5-6).

Rapidez y brevedad del tiempo

Toda la esencia del tiempo consiste en pasar, es decir, en perecer constantemente. «De la tumba voy a la tumba», dice San Gregorio Nazianceno, es decir, del seno de mi madre que es una verdadera tumba, corro a la muerte (Orat. de cura pauper.)

«El tiempo, dice San Agustín, no es más que una

corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida» (Lib. 13 de Civit. c. 10).

Es pues precioso vivir para la eternidad... «En un instante todo pasa; y muchas veces la gloria del siglo ha desaparecido antes de haber llegado. ¿Qué puede haber estable en el siglo si los mismos siglos dejan de ser? (S. Ambrosio. Lib. I Offic.).

En el libro de la Sabiduría leemos: *«Hemos nacido y de repente dejamos de existir»* (5,13). El niño se convierte en adolescente; el adolescente en joven; lo que antes era, está ya hoy cambiando; y lo que hoy es, mañana habrá también cambiado; nada queda en el mismo estado; a cada instante todo cambia como un sueño!...

Mis días, dice Job, *son más rápidos que un corcel. Han huido y no han visto la felicidad; pasaron como nave que atraviesa los mares, como el aguila volando que se deja caer sobre su presa* (9, 25-26). *Mis cortos años están contados, y ando un camino por el cual no volveré nunca* (Job. 7,7). *Ya mi vida se acaba, extínguense mis días, sólo me queda el sepulcro* (Job. 17,1).

¿Cuándo conoceremos de buena fe que el tiempo es corto y que se escapa? Los días se ahuyentan unos a otros. El tiempo pasa rápidamente, y de este tiempo tan rápido no hay ni un instante cierto.

Todo mi ser depende de un momento; he aquí lo que me separa de la nada: pasa aquel; y toma todavía otro: pasan unos tras otros, y los uno todos procurando asegurármelos, y no advierto que me arrastran insensiblemente consigo, y que yo seré el que falte al tiempo, y no el tiempo el que me falte a mi. Ahora bien, alma mía, ¿es una muy gran cosa la vida? Y si es tan poca cosa, porque pasa, ¿qué serán los placeres que no representan más que algunos instantes de la vida y que se desvanecen en un momento? ¿Acaso vale esto la pena de condenarse? ¿Vale esto la pena de entregarse a tantos cuidados y de tratar de engrandecernos?

La vida humana es un camino por el que vamos todos

La vida humana –lo diremos con palabras del célebre Bossuet–, es semejante a un camino cuyo término es un horrible precipicio: nos lo advierten desde el primer momento; pero la ley está pronunciada, y es preciso avanzar siempre. Yo qui-

siera retroceder; pero me es preciso andar, andar. Un peso invencible, una fuerza invencible nos arrastra; y es preciso avanzar siempre hacia el precipicio. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan en el camino. ¡Si a lo menos pudiese evitar aquel precipicio horrible! No, no, es preciso andar; es preciso correr: tal es la rapidez de los años.

Nos consolamos, sin embargo, porque de tiempo en tiempo encontramos objetos que nos divierten, aguas que corren, flores que pasan, distracciones agradables: quisiéramos detenernos; pero es preciso andar, andar. Y sin embargo vemos caer tras de nosotros todo lo que habíamos pasado: ¡ruido horrible, inevitable ruina! Nos consolamos porque llevamos acaso algunas flores cogidas al pasar, que vemos marchitarse en nuestras manos de la mañana a la noche; algunas frutas que se pierden al probarlas: ¡hechizo! Siempre arrastrado, te acercas al abismo fatal: ya todo empieza a desaparecer: los jardines son menos floridos, las flores menos brillantes, los colores menos vivos, las praderas menos risueñas, las aguas menos claras: todo se marchita, todo desparece: la sombra de la muerte se presenta y ya empezamos a sentir la aproximación del abismo fatal.

Pero es preciso llegar hasta la orilla, y todavía falta un paso. Ya el horror turba los sentidos, la cabeza se desvanece, los ojos se extravían; y sin embargo es preciso andar: quisiéramos volver atrás; pero ya no hay medio: todo ha caido, todo se ha desvanecido, todo se ha escapado.

El tiempo es corto; y si no dejáis al mundo, él os dejará: no queda pues otro medio, como dice San Pablo, que *el que tiene mujer, viva como si no la tuviere, y los que lloran, como si no llorasen, y los que se regocijan, como si no se regocijasen, y los que hacen compras, como si nada poseyesen, y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él; porque la escena o apariencia de este mundo pasa en un momento* (1 Cor, 7, 29-31)

¿Por qué queréis vivir en lo que es transitorio? Creeís que es un cuerpo y una verdad, cuando no es más que una sombra y una figura que pasa y desaparece... Por eso en cualquier estado en que os halléis, no os detengáis nunca. Todo encuentra su disolución en la muerte; los sentimientos pasan como las alegrías; lo que créeis poseer con más justo título, se os escapa; sea cualquiera el precio que os haya costado, no podéis guardarlo; todo pasa por más que hagamos...

Transitoriedad de la vida

La vida humana es algo transitorio. La Sagrada Escritura, especialmente en el libro de la Sabiduría, compara nuestra vida a la sombra que pasa, a la nave que atraviesa las agitadas aguas de cuyo paso no es posible hallar huella ni del camino de su quilla por las olas. También la compara al ave que corta los aires con sus plumas, y lo corta con la violencia de su ímpetu, y se abre camino con el movimiento de sus alas, después ya no se halla señal de su paso.

Además, nuestra vida –sigue diciendo el Sabio–, es semejante a la flecha que se tira al blanco, que aunque hiende el aire, luego éste vuelve a cerrarse y no se conoce por donde pasó. Así también nosotros en naciendo, morimos... (Sab. 5, 9-12).

En el Nuevo Testamento se nos dice que *somos forasteros y peregrinos sobre la tierra* (1 Ped. 2,11), porque *«no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que vamos en busca de una que es eterna»* (Heb. 13,14).

San Agustín insiste en este pensamiento: «El verdadero cristiano sabe que en su casa y en su patria vive como un extranjero» (Ser, 111,2).

Böcklin, pintor suizo, tiene un cuadro de produnda moraleja, relativo a las cuatro edades de la vida... En el último plano se ve a un anciano can-

sado y achacoso, sentado en una especie de colina que se levanta entre las negruras de un antro. Apoyándose en su bastón, está mirando hacia la lejanía; así espera la muerte, que se le acerca imperceptiblemente por la espalda. Del antro fluye incesantemente el agua de una fuente, símbolo del tiempo que corre de continuo; y sobre el antro se lee esta inscripción: *Vita somnium breve*: «La vida es un breve sueño».

Y lo es en realidad. ¿Qué dice el salmista dirigiéndose a Dios? *«Mil años son ante tus ojos como el día de ayer, que ya pasó, y como una de las vigilias de la noche. Una nada son todos los años que vive. Dura un día como el heno; florece por la mañana y se pasa; por la tarde inclina su cabeza, se deshoja y se seca»* (Sal. 90, 4-6).

¿Qué es la vida más larga? La vida más larga tiene setenta u ochenta años, dice el salmista, y posee la experiencia. si vivimos más tiempo, en general se puede decir, que no es vida lo que tenemos, sino achaques, una larga muerte. ¡Y cuantos no llegan a aquella edad!. Y ¿qué son ochenta o mil años comparados con la eternidad?

En el Eclesiástico leemos: *El número de los días del hombre, a más tirar son cien años, y, comparados con la eternidad, son menos que una gota de*

agua comparada con todo el mar (18,8). ¡Triste suerte de los que no piensan en el «más allá».

¿Para qué vivir?

Mucho nos debe interesar el pensar para qué vivimos, no perdiendo de vista lo que es eterno.

Giovanni Papini, en un libro publicado antes de su conversión, refiere que cierto día se acercó a un pescador, y entabló con él el siguiente diálogo:

– ¿Para qué pesca usted?

– ¡Vaya una pregunta! Pues para sacar peces.

– ¿Para qué?

– Para venderlos.

– ¿Para qué?

– Para comprarme el sustento diario.

– ¿Para qué?

– Para vivir.

–Y ¿para qué vivir?

– Para pescar.

Poco conforme con esta pregunta, se alejó; luego, viendo a un labrador entregado a sus faenas, le preguntó:

– ¿Para qué trabaja usted la tierra?

– La trabajo para sembrar.

– ¿Para qué?

– Para poder comer.

– ¿Para qué comer?

El labrador le miró con desdén y, sin darle respuesta, continuó su trabajo. Andando por allí, vio a una niña que juntaba flores, y acercándose a ella, le preguntó:

– Dime, niña, ¿para qué juntas esas flores?

– Para ofrecerlas a la Virgen.

– ¿Para qué?

– Para que me ame y me bendiga.

– ¿Para qué?

– Para que después de muerta me lleve consigo al cielo.

Al fin he recibido una respuesta razonable que aquellos no supieron darme –pensó Papini–; «Vivir para morir bien»; he ahí un bello fin de la vida».

Este ejemplo es semejante al que se nos cuenta de un joven estudiante que se presentó a San Felipe Neri para pedirle un favor. El santo se lo hizo y después le dirigió estas preguntas:

– ¿Qué es lo que quieres conseguir con su estudio?

– Quiero ser abogado.

– ¿Y después?

– Defendiendo causas ganaré mucho dinero.

– ¿Y después?

– De este modo me prepararé una vejez tranquila.

– Está bien, y ¿después?

El joven púsose triste y contestó:

– Pues después... me moriré.

– ¿Y después?, repitió San Felipe.

A esta pregunta, el muchacho no contestó, comprendió que el Santo quería decirle: «Hay una eternidad en la que es preciso pensar; hay un Dios a quien servir y un alma que salvar; ¡esto importa más que todo!

Aquellas palabras «¿Y después?, le quedaron impresas en la mente e hicieron de él un hombre virtuoso.

Reconozcamos que nuestra vida presente tiene un destino eterno. *«Si vivimos, para el Señor vivimos»* (Rom. 14,8) y a este fin debemos guardar sus mandamientos (Mt. 19,17), y esto es dar sentido a nuestra vida.

No perdamos el tiempo

Es preciso aprovechar bien el tiempo, porque ¡se vive una sola vez!. El tiempo presente es tiempo de mercado: compremos, pues, y vendamos; hagamos cambios: vendamos la tierra y compremos el cielo...

San Gregorio Nazianceno nos lo dice así: «Nuestra vida es un mercado, y si dejáis pasar esta ocasión, ya no hallaréis más tiempo para alcanzar lo

que deseéis» (In Sentent).

«Que no se atreva ninguno de vosotros, dice San Bernardo, a despreciar un solo momento, perdiéndolo con palabras inútiles. La palabra se escapa, y no puede ya volver atrás: el tiempo vuela, y no puede repararse; y el insensato no ve lo que pierde. Lícito es divertirse, dicen algunos, para hacer que pase una hora. ¡Para hacer que pase una hora! ¡Esta hora que la indulgencia de vuestro Creador os concede para hacer penitencia, para obtener el perdón de vuestros pecados, para adquirir la gracia y merecer la gloria! (Serm. de Trip. custod.).

¡Es lícito divertise mientras corre el tiempo; este tiempo durante el que habriáis debido excitar la misericordia de Dios, prepararos para la sociedad de los angéles, suspirar por la pérdida, excitar vuestra entorpecida voluntad y llorar vuestros pecados (Ut supra).

Nada es tan precioso como el tiempo; pero nada es hoy tan despreciado. El día de la salvación pasa sin que nadie piense en él: Nadie reflexiona que este día perdido no puede jamás volver. Pero, sin embargo, así como no puede perecer nunca ni un solo cabello de la cabeza, así tampoco ningún momento perdido puede escaparse a la justicia de Dios (Ut supra).

No perdamos el tiempo. ¿Cómo se suele perder? Se pierde de mil maneras, y ¡cuántos son los que lo pierden, como si no tuviera valor alguno! Se pierde obrando el mal; se pierde faltando al orden, no haciendo lo que se debe hacer, afanándose quizá por muchas cosas, sin terminar ninguna; se pierde por pereza o en cosas vanas... No olvidemos que con el tiempo podemos conquistar la vida eterna.

El tiempo huye...

«Huye el tiempo, vuela el irreparable tiempo», exclamaba Virgilio. En realidad huye, porque su esencia consiste en pasar. *Tempus fugit*. Un buen día muy cerca de la Puerta del Sol, de Madrid, al mirar la hora en el magnífico reloj, que una casa de prestigio acababa de reponer en su fachada, un joven que estaba allí presente dice: Me sorprendió una llamada realmente insospechada en medio de áquel trajín, tan ebrio de materialismo.

Era que allí se leían, en tipos parcos sobre fondo austero, debajo de la enorme esfera del reloj, estas dos palabras: *Tempus fugit*... El tiempo huye.

¡Qué meditación tan oportuna, esa parquísima advertencia colocada en medio del alboroto de una gran urbe, como señal de orientación espiritual, de mucha más transcendencia que las flechas y lám-

paras de tráfico moderno, de más importancia aún que ese mismo espléndido reloj, pues al cruciar aquel rincón madrileño parece susurrarnos la voz del Kempis: «El tiempo pasa... y nosotros con él...».

¡Oh hombres ciegos, que mañana debéis morir y tal vez hoy, andad; ahora, no tratéis más que del bien de vuestra familia, no penséis más que en obtener títulos, en construir casas, palacios, ciudades, fortalezas! ¿os creéis eternos? ¡Mañana moriréis! La muerte cerrará vuestro último acto, y acabarán los honores, las riquezas, la ambición y los placeres; la avaricia ya no hallará lugar, y todas las codicias quedarán apagadas para siempre...

El tiempo, dice el filósofo Séneca, el tiempo huye y abandona al que le persigue con ardor... el porvenir no me pertenece, y el pasado no es mio; depende del momento presente, que ya ha dejado de existir. Somos arrebatados de la misma manera que las aguas de un río; todo lo que vemos desaparece con el tiempo; nada queda inmovil. «Mientras trato de cambiar algo, mientras hablo, yo mismo me veo ya cambiado (Lib. 17, Epist. 102).

Como nos dice el apóstol San Pedro: *«Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo»* (2 Ped.1,14).

Precio del tiempo

Hemos dicho que el tiempo presente es tiempo de mercado. Con el tiempo tenemos que comprar las incomparables riquezas de la bienaventurada eternidad, y por lo mismo no debemos olvidar que a este fin nos ha colocado Dios en el tiempo, en esta vida tan breve. ¿Qué precio tiene el tiempo? El tiempo tiene un precio infinito, porque sólo el tiempo puede comprar la eterna bienaventuranza... El tiempo, en cierto sentido, vale tanto como el mismo Dios, dice un Padre, porque el tiempo bien empleado nos pone en posesión de Dios.

Con un sólo momento de tiempo podemos comprar el cielo, la vista y la posesión entera y eterna de Dios; mientras que la eternidad entera no podrá comparar nunca el cielo ni a Dios. La eternidad es para disfrutar del cielo, de la dicha suprema, pero no para alcanzarla.

Pero si en un momento bien empleado podemos ganar el cielo y al mismo Dios, en un sólo momento podemos también perder el cielo y a Dios, y precipitarnos en la eterna desdicha. De un momento bien o mal empleado depende de nuestra eternidad feliz o desgraciada. Y si un sólo momento tiene tanto precio, ¡qué precio no tendrán las horas, los días, las semanas, los meses, los años, y toda la vida del

hombre! Así pues, la sabiduría suprema consiste en hacer un buen uso del tiempo, así como perderlo es una suprema locura...

¿Queréis saber cuán precioso es el tiempo? ¿Queréis conocer su valor? Preguntadlo a los réprobos; darían todas las riquezas, mil vidas, y se creerían infinitamente felices con sufrir todos los tormentos, toda especie de martirios y mil muertes, si a tal precio pudiesen tener un año, un día, una hora, un sólo instante para poder salir del infierno y conquistar el cielo. Se entregarían a penitencias de un rigor sin ejemplo... Y lo mismo harían las almas del Purgatorio...

Preguntadlo a los bienaventurados en el cielo; y os dirán: ¡Oh felices mortales! ¡Oh! si supieseis el precio del tiempo, ¡cuántos méritos podríais conseguir y qué bien lo emplearíais ¡Oh! si no fuese lícito volver al tiempo para merecer más, compraríamos una hora con los más duros suplicios, con el hierro y el fuego!,,, ¡Oh momentos preciosos, de los que depende nuestra salvación y nuestra eternidad!...

El tiempo, apreciado en si mismo, por horas, días y años, no es nada; pero, considerado como medio de llegar a la eternidad, al goce de Dios por la gracia, y sobre todo por la gloria, es de un precio inestimable.

El tiempo no es nada en sí mismo, y sin embar-

go todo se pierde al perderlo; porque este tiempo que no es nada, es un paso fijado por Dios para llegar a la eternidad.

No gozamos de los placeres más que en el momento de su paso; y aunque es muy cierto que pasan, hemos de dar cuenta de ellos como si fuesen permanentes. No es bastante que digamos: Ya han pasado; no pensaré más en ellos... Han pasado, sí, para nosotros; pero no ante Dios, y nos pedirá estrecha cuenta de ellos...

Tengamos presente que el tiempo bien empleado llena el corazón de consuelos...

Hagamos buen uso del tiempo

San Pablo escribía a su discípulo Timoteo: *«Hasta que yo vaya aplícate a la lectura (de la Biblia), a la exhortación, a la enseñanza* (1 Tim. 4,13), *pelea valerosamente por la fe, trabaja para ganar el premio de la vida eterna a la que fuiste llamado* (2 Tim. 6,12).

Sembrad en la gracia, dijo San Bernardo, y cosecharéis en la gloria; sembrad sobre la tierra por el trabajo, y cosecharéis en el cielo con alegría, porque nuestras obras no pasan; pero lo que sembramos en el tiempo, queda sembrado para la eternidad. El insensato que no siembra, o que siembra

mal, quedará lleno de sorpresa cuando vea que una abundante cosecha sale en casa del justo de una abundante y buena semilla.

Sembremos el buen ejemplo con buenas obras; sembremos una grande alegría para los ángeles con suspiros secretos. Sembrad a ejemplo de tantos otros que antes han sembrado; aprovechaos de las semillas que han arrojado para vosotros... (Serm. in Cant.).

¡Oh raza de Adán, exclama el mismo San Bernardo, ¡cuántos han sembrado en ti, y qué preciosa es su simiente! Desgraciada, pero justamente pereceréis si tan preciosa semilla se pierde en vosotros, a la par que el trabajo de los colosos sembradores! La Trinidad ha sembrado en nuestra tierra; los ángeles han sembrado, así como los apóstoles; los mártires, los confesores, las vírgenes, etc., también han sembrado. El Padre celestial ha sembrado el pan del cielo; el Hijo ha sembrado la verdad, y el Espíritu Santo la caridad (Ut supra).

«No conviene, dice San Gregorio Magno, buscar las riquezas, los honores perecederos; si tratamos de buscar los verdaderos bienes, amemos los que no han de tener fin; y si hemos de temer algunos males, temamos los que los réprobos han de sufrir eternamente» (Homil. 15 in Evang.).

Obrar así es hacer uso precioso del tiempo... ¿Quiénes son los que hacen buen uso del tiempo? Aquellos, cuyos días están llenos de virtudes (Sal. 73,10), los que perseveran en la práctica del bien. *Mientras disponemos del tiempo obremos el bien* (Gál. 6,9).

Y ¿quiénes son los que hacen mal uso del tiempo y no adelantan en la virtud? Son el tibio, el perezoso espiritual..., y ¿quién es el que retrocede? El que vuelve a caer en pecado mortal... ¿Quién es el que está desencaminado? El que persevera en el mal y quiere perseverar en él sin tratar de corregirse.

Todo el tiempo pasado en la vanidad, en la cociosidad, en la tibieza voluntaria, en el pecado mortal, en el amor del mundo y de los placeres criminales, es un tiempo que pertenece a la muerte y no a la vida... Todo el tiempo que damos al mundo, es un tiempo perdido.

He aquí una historia contemporánea, cuya lectura me conmovió mucho. Una señora muy rica, distinguida y joven, fue a un baile con su esposo. Se divertieron mucho y regresaron a casa de madrugada.

La ventana del automovil estaba un poco abierta; ella se resfrió, cogió una pulmonía y una semana después del baile ya estaba en la tumba.

Grabaron en su losa sepulcral: «Vivió treinta

años». Y ¿que hizo en esos treinta años? Diez estuvo durmiendo, cinco con frívolas compañias, cinco más leyendo novelas y revistas ilustradas, otros cinco en viajes y teatros, uno ante el espejo...

¿Qué queda para la oración, para la piedad, para los pobres, para el reino de Dios?

No olvidemos nunca que para hacer el bien sólo tenemos el tiempo presente... y *«el tiempo de dar cuenta a Dios está cerca»* (Apoc. 1,3).

Tampoco debemos olvidar que somos administradores de los bienes que Dios nos concede y que un día nos dirá como el amo a áquel administrador de que nos habla el Evangelio: *«Dame cuenta de tu administración...»* (Lc. 16,2).

Vivamos como cristianos

Dice la historia que llevaron a Alejandro Magno un famoso ladrón para que le juzgara.

– ¿Cómo te llamas? –le preguntó el caudillo.

– Alejandro –respondió el hombre.

Pues, amigo, exclamó Alejandro, o cambias de nombre o cambias de profesión.

La historia no dice si le perdonó o le condenó a muerte. Se contenta con narrar este rasgo para hacer ver cómo respetaba su nombre el gran conquistador.

¡A cuántos jóvenes puede decirles Jesucristo:

«Amigo, ¿te llamas cristiano? Pues o cambias el nombre o cambias de profesión... dejando de pecar!

«Cristiano viene de Cristo y estos dos términos son como sinónimos. Es preciso que la conducta corresponda al nombre, a fin de que el nombre no venga a ser una palabra vana y un gran crimen... Se llama cristiano el que ama la castidad, el que huye de la embriaguez, detesta el orgullo y evita la envidia como un veneno diabólico (San Ambrosio. Serm. 58).

Si me preguntan ¿cómo han de ser los cristianos? Respondo que deben vivir como discípulos de Jesucristo, practicando lo que Él hizo y lo que enseñó... ¿Cuál es la obligación particular del cristiano? La de velar todos los días y todas las horas sobre sí mismo y caminar siempre a la perfección que Dios le pide, por agradarle, sabiendo que vendrá el Señor en la hora que menos lo espere (S. Basilio. Reg. 80, sent.56).

No hemos venido a este mundo, ni vivimos en él para comer y beber, antes bien comemos y bebemos para poder vivir. Es cosa indigna del verdadero cristiano abandonarse a los chistes y a las danzas indecentes... No busque el cristiano descanso en esa vida, ni pretenda gozar en ella una segura tranquilidad (S. Crisóstomo De Lázaro. Conc. In. 8 y Relig. fac in Sp.).

La primera virtud del cristiano y la que comprende todas las demás, es vivir como caminante y extranjero en la tierra; no tomar parte en las cosas y asuntos del mundo; mirarlas todas sin apego como que están fuera y separadas de nosotros. (S. Crisóstomo. Homil. 24 ad Hb. sent. 386).

Pon fin a tus torpezas

En la vida futura hacia la cual caminamos hay que ir limpios de todo pecado, porque en el cielo no entra nada manchado. Hay que salir del pecado, y no irlo dejando para más adelante, porque ¿qué sabes tu si vivirás mañana? San Agustín en su mocedad quería abandonar su vida de pecado, se veía arrastrado por las pasiones, y en su libro de las confesiones dice: «Decíame yo dentro de mi: ¡Ea, ahora mismo, ahora mismo ha de ser!» Y casi pasaba de la palabra a la obra; casi lo hacía, pero no lo hacía. No recaía ya en las cosas de antes, pero estaba cerca de ellas y respiraba. Nuevamente lo inentaba, y por poco no llegaba, por poco, ya casi tocaba el término, para quedarme en él; pero el hecho es que no llegaba, ni tocaba al término, ni me quedaba en él; vacilando en morir a la muerte y vivir a la vida.

Y podía más conmigo lo malo inveterado que lo

bueno desacostumbrado. Y aquel preciso momento en que yo había de ser otro, cuanto más se acercaba, tanto mayor horror me infundía. No me hacía tornar atrás, ni mudar de propósito, pero me dejaba suspenso... Y muchas cosas te dije, no con estas palabras, pero si en este sentido: *«Y Tu, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo, Señor, has de estar siempre enojado* (Sal. 6,4; 79,5). *«¡No te acuerdes de nuestras maldades antiguas!»*. (Sal. 79,8). Porque sentía yo que ellas me retenían. Daba voces lastimeras: ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo diré: Mañana, mañana? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no es esta hora el fin de mis torpezas? (Conf. 8,11-12).

Si tu que lees esto, te vieras arrastrado por las pasiones y estuvieras en pecado mortal, no sigas viviendo en él, procura salir del estado en que te hallas por medio de una sincera confesión y no lo dejes para más adelante y un día te sorprendiera la muerte en él.

He aquí un caso que el célebre misionero Padre Pedro de Calatayud refiere: En cierta villa de Castilla llegó a mi una casada deseosa de que su marido viniese a oir la Misión y se confesase conmigo; díjela, vaya usted y dígale a su consorte, que venga, oiga la Misión, y que yo le confesaré con mucho gusto; no hizo caso; acabada la comunión

general el día de los Santos Simón y Judas, pasados dos días, a las ocho de la noche se fue a la cama con su mujer; a la media hora se levantó la mujer para sacar una niña, y volviendo al lecho, tocando los pies del marido, los halló yertos, tocóle el rosto, le halló helado y frío; asustada fue por luz y hallóle cadáver frío, contómelo ella misma, y sucedió a los pocos días de terminada la Misión.

No vivas en pecado mortal

El que vive en pecado mortal, como leemos en el Apocalipsis, *«tiene el nombre de viviente, pero en realidad está muerto»*(Apoc. 3,1). Vive en cuanto al cuerpo, pero su alma esta muerta, porque está despojada de la vida de la gracia, sin la cual no podemos salvarnos y si uno muere en pecado mortal se privaría de la vida futura y bienaventurada.

El pecado mortal, dice San Agustín es la causa de todos nuestros males (De Morib.).

En este mundo no hay propiamente mal, como no sea el pecado que hiere el alma, pues todo lo demás como dice San Ambrosio, como es, la pobreza, la ignominia, las enfermedades y la muerte, ningún sabio las llamará males; porque los bienes contrarios que nos vienen por el nacimiento o por otras diversas casualidades que se ofrecen en la vida,

tampoco deben considerarse como grandes bienes.

Nuestro pecado es nuestro mayor enemigo; este nos turba en el reposo, nos aflige en la salud, nos entristece en el gozo, nos inquieta en la tranquilidad, mezcla su amargura en nuestra misma dulzura, y nos despierta en el descanso del sueño. Por el pecado nos vemos convencidos sin acusador; atormentados sin verdugo, atados sin cadenas, y vendidos sin que nadie nos haya puesto en venta (S. Ambrosio in Ps. 37, sent. 7).

El referido P. Calatayud dice que «el pecado mortal es una espina aguda y penetrante clavada en medio del corazón y la conciencia de quien peca». Y para confirmarlo cuenta lo siguiente: Personas hay a quien su pecado punza, entristece, inquieta y no las deja sosegar... Así pasó con un *mercader de Amberes*: oyó predicar que los pecados que se olvidan en la confesión se perdonaban; ¿qué no hizo este hombre porque se le olvidase un horrendo pecado que había cometido, y no se atrevía a confesar? Dióse a músicas, diversions y saraos; pero de ellas salía triste su coracón como una noche, porque le seguía su pecado.

Entregóse a la Matemática, para ver si con su embeleso se le olvidaba el pecado; pero allí le roía e inquietaba. Fuése a ver varias ciudades, y le per-

seguía más cruelmente su maldad; hasta que en un viaje encontrando a un Padre en la Compañía de Jesús, le metió en su carroza y después de algunos ratos de conversación espiritual conjeturando el Padre la interior aflicción y dolencia del mercader con suaves preguntas y apuntando con destreza los pecados que puede cometer un hombre, le nombró entre otros el que tenía en su conciencia, y se le hizo confesar en una buena confesión general, y es la que le atrajo una paz verdadera, que es la que anida en los corazones limpios de pecado y viven en amistad con Dios.

Conviértete al Señor tu Dios

La Sagrada Escritura nos habla con frecuencia de la invitación que Dios nos hace a la conversión. *«Arrojad de vosotros todas las iniquidades,* nos dice el profeta Ezequiel, *Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (18,31-32). *Si hoy oís la voz de Dios no endurezcáis vuestro corazón en la maldad* (Sal. 95,8). *Convertíos, pues, oh pecadores, y sed justos delante de Dios, y creed que usará con vosotros de su misericordia* (Tob. 13,8).

Para quien permanece todavía en este mundo, nunca ha pasado la hora de la penitencia. Está abierto el camino a la indulgencia de Dios y los que bus-

can y comprenden la verdad fácilmente llegan a Él (S. Cipriano ad Demet.).

«El que vive en pecado mortal no vive. Que muera para el pecado a fin de no morir para la eternidad; que se convierta para no ser condenado». Así se expresa San Agustín (De Morib.).

«Es hora de despertarnos de nuestro letargo», dice San Pablo (Rom. 13,11) ¡Que terrible es vivir en pecado y así llegar a la hora de la muerte en una noche de carnaval! El siguiente caso lo leí yo en la prensa cuando era joven el día que sucedió.

Una noche de Carnaval en Madrid. Un joven pregunta por el *Padre Rubio*. Es urgente, para confesar a un moribundo. ¿En dónde vive? El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice: Don Carlos Villameriel, que está presente, frunce el ceño, se vuelve al P. Rubio, y le dice: «Padre, esa casa... ¡Es una casa mala!. «La contestación: «A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. ¡Acompáñeme!».

En el cuartucho de la casa pública está ya preparada la celada. ¡Qué campanada sonará mañana en Madrid, cuando se divulgue la fotografía del santo Padre Rubio, sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución!. Tres muchachos tomaron la broma. En un rincón, disimulada está la

cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno. Los muchachos echan suertes: uno de ellos ha de acostarse y fingirse enfermo.

Cuatro meretrices están escondidas en un rincón, para surgir en el momento oportuno. Se corre la cortina de la alcoba. El enfermo fingido ya se ha tumbado. Entra el P. Rubio: «¿Dónde está el enfermo?». «Aquí padre, está muy malo, ¿sabe usted? Y el pobre se quiere confesar...» El P. Rubio se acerca a la cortina. En un rincón una mano enciende ya un fósforo para inflamar el magnesio. Pero el Padre Rubio sin tocar la cortina, se encara con los que le han llamado, y exclama: ¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya. «No, Padre...». Uno de los muchachos descorre la cortina y toca al falso enfermo: «Oye tú, ¿verdad que quieres confe...». Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza. Sí, está muerto. Con los ojos dilatados por el terror, clavados en el cielo.

Nadie se debe burlar de las cosas santas, porque recibirá su castigo. Vivir en pecado mortal, es vivir sin vida. El pecador vive, sí la vida natural, pero vive sin gracia santificante, y el que muere en pecado mortal se condena.

Todos hemos de ir a la eternidad

Hemos hablado de la brevedad, de la transitoriedad de la vida presente y del modo de aprovechar el tiempo para lograr la dicha de la vida futura evitando ante todo el vivir en pecado mortal, por ser el obstáculo principal para lograrla. Pensemos ahora algo en la eternidad hacia la cual caminamos.

Todos vamos peregrinando por esta vida. Algunos corren a cien por hora, reloj en mano, para llegar a tiempo y poder hacer un pingüe negocio, coger la fortuna por las guedejas, alcanzar más poderío o influencia, cosechar mayores aplausos, batir el record de la popularidad y de la fama. Pero propiamente ¿a dónde vamos? ¿Lo saben los que corren, los que «triunfan», los que se «imponen», los que «mandan», los que se afanan y sudan para hacerse su propio pedestal?.

El Eclesiastés o «Predicador» del Antiguo Testamento señala con frase lapidaria el punto de destino de todos nosotros: *«El hombre ha de ir a la casa de su eternidad»* (12,5), y ¿cuál será nuestra eternidad?, pues hay dos eternidades: una eternidad feliz, que es la del premio y otra desdichada, que es la del castigo.

La eternidad es una duración que no tuvo principio ni tendrá fin. Es atributo exclusivo de Dios.

Nosotros hemos tenido principio y no tendremos fin por cuanto hemos sido creados para la inmortalidad (Sab. 2, 23). La eternidad del cielo y del infierno jamás tendrán fin.

El pensamiento de la eternidad es un pensamiento que debe impresionarnos profundamente. *San Antonio María Claret* no tenía más que cinco años y ya le preocupaba, hasta le obsesionaba, el problema de la eternidad. Su madre le oía repetir: «¡Eternidad! ¡Eternidad!... ¡Siempre, siempre!... ¡Jamás! ¡Jamás!. Y luego también: «Y aquello ¿no acabará nunca? ¿Siempre habrá que padecer?»...

El gran canciller de Inglaterra, Tomás Moro fue encarcelado por el rey apóstata Enrique VIII y condenado a muerte por su fidelidad a la fe católica. El canciller no quiso reconocer por matrimonio válido las relaciones pecaminosas del rey, ni prestar juramento de reconocerle como único jefe de la iglesia anglicana, y por este motivo determinó que fuese ejecutado. Su mujer se presentó en la cárcel con sus hijos, se arrojó al cuello de su esposo, y, con lágrimas en los ojos, dijo:

–Ten compasión de tus hijos y de tu mujer. Presta el juramento y el rey te perdonará la vida. Más tarde se le envió su hija predilecta, Margarita, para ablandar la voluntad del padre; pero no lo consiguieron.

Tomás, que a la sazón contaba con cincuenta y cinco años de edad contestó a su mujer, que le insistió prestase tal juramento:

– ¿Cuántos años podríamos vivir juntos?

Respondió su esposa:

– Seguramente veinte años y aún más.

Replicó entonces el marido: Pues ni por mil años haré lo que me pides.

Mal comerciante sería el que por mil años vendiese su alma por toda una eternidad. Te digo, en verdad, que si tuviera dos almas, daría una al rey, pero como sólo tengo una, he de entregarla a Dios, que me ha creado. Por veinte años no daré yo la eternidad.

«Pesa mil años frente a la eternidad, dice San Agustín; ¿qué supone todo lo finito frente a lo infinito?. Diez mil años, decenas de centenares de miles, y miles de miles, todo cuanto tiene fin no puede compararse con la eternidad». (In Ps. 76,8; 36,2,16).

Fin de nuestra peregrinación

Somos peregrinos en esta vida, mas el concepto de peregrinación nos advierte que la vida presente no es definitiva, que vamos de camino y el sentido de la vida nos señala la meta de nuestra peregrina-

ción y nos indica lo que tenemos que hacer para lograr nuestro destino eterno.

¿Qué sabemos de la vida eterna? Sabemos que existe, que en la Biblia se nos habla de premios y castigos eternos, o sea de la suerte de los justos y de los impíos, que *«estos irán al suplicio eterno y los justos a la vida eterna»* (Mt. 25,46). *El mundo pasa y pasa con él su concupiscencia. Mas el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente* (1 Jn. 2,17). *No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna* (Heb. 13,14). *Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor...* (Sab. 5,16).

¿Cómo lograr esa vida eterna? Jesucristo nos lo dice claramente: *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19,17). Ya sabemos el camino por donde ir al cielo, observar bien la ley de Dios, hacer obras de caridad, ser desprendidos de nuestros bienes en favor de los pobres, pudiéndolos socorrer...

Un ejemplo maravilloso de desprendimiento es el de *D. José Orberá y Carrión*, que fue obispo de Almeria. Dejó consignado en su testamento, después de legarlo todo a los podres: «Desearía me fuera posible, imitando a mi gran Padre, Santo Tomás de Villanueva, no tener nada propio al tiempo

de mi fallecimiento, ni aún la cama en que muera, y por eso desde luego la cedo a las Hermanas de los Pobres».

La santidad debe movernos a despreciar todo lo terreno: riquezas, honores y placeres del mundo, pues todo lo hemos de dejar aquí. Todo lo terreno es muy poca cosa. No perdamos de vista a Dios que es nuestro último fin. Sólo Dios es grande.

Luis XIV, rey de Francia, deslumbrado por su poder, por su gloria, por su fortuna, tomó el nombre de... «Rey sol». Al morir, su oración fúnebre fue pronunciada por el orador sagrado, de fama mundial, Massillón. Este se colocó cerca del féretro, junto a la tumba de áquel rey que bajaba a ella después de haber vivido con una pompa deslumbrante y derrochado frívolamente; y empezó su discurso con estas palabras, conmovedoras de puro sencillas: «Solamente Dios es grande».

San Agustín nos dice nuestro camino a seguir: «Despréndase de todo quien desea conocerse tal como lo hizo Dios» (De quant. animae c.3) y San Hilario nos aconseja: «Hay que desprenderse de todo para que nuestra única herencia sea Dios» (Ps. 119. Portio mea Dne).

No perdamos de vista el «más allá»

No está aquí, como ya hemos dicho, nuestro destino. La vida es corta y vamos caminando de la cuna al sepulcro. Nuestra vida es una vida mortal. Esta no es la verdadera vida. Estamos aquí de paso, hemos de dejar pronto la casa en que habitamos.

Gerardo de Kempis se hizo construir una magnífica casa. En el solemne acto de la bendición, dijo a sus invitados: «¿No os parece que soy el hombre más dichoso del mundo?. ¿Qué puede faltarme aún?». Tomás de Kempis, su hermano, le dijo con voz grave: «Tu casa, hermano, es magnífica, pero para que lo sea más, habrías de tapiar una puertecita». ¿Cuál? preguntó sorprendido Gerardo. «Aquella por la cual te llevarán muerto dentro de breve tiempo; mientras esta puerta esté abierta, tu casa no es completamente tuya, pronto habrás de dejarla a otro»...

Palacios, quintas de recreo, ciudades, casas, tierra, oro y plata, decidme: ¿cuántos dueños habéis tenido? ¿cuántos tendréis todavía?...

Por estas consideraciones, por tantos contratiempos de la vida muchas han cambiado, y Dios nos mueve a todos a pensar en el más allá ¿Cuál es la causa por la que muchos han dejado el mundo y se han encerrado en un convento o han cambiado de

vida? Recordemos el ejemplo de San Franciso de Borja:

En el año 1539, al morir la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, Francisco de Borja (a la sazón Marqués de Lombay, duque de Gandía y uno de los más grandes personajes de España) tuvo que acompañar el cadáver, de Toledo a Granada, para enterrarlo en la capilla real. «Y al tiempo –escribe el P. Ribadeneyra– que para hacer la entrega, se abrió la caja de plomo, en que iba el cuerpo de la emperatriz, se descubrió su rostro tan feo y tan desfigurado que ponía horror a los que le miraban, y de los que la habían conocido no había ninguno que pudiese afirmar que aquella era la cara de la emperatriz...

Esta vista y este espectáculo tan lastimoso, y de mal olor, dio un vuelco tan extraño al corazón del marqués, que lo troncó como de muerte a vida..., le pentró una soberana y divina luz, que le dio a conocer la vanidad de todas las cosas de la tierra. Muchas veces repetía: Nunca más, nunca más servir a señor, que se me puede morir». Al morir, siete años después, su propia esposa, Francisco Borja abrazó el estado religioso y se murió como General de la Compañía de Jesús.

No hay duda que la muerte de la emperatriz Isabel fue para San Francisco de Borja una poderosa

gracia actual con la que Dios le movió a apartarse de las vanidades del mundo y ėntregarse del lleno a Dios.

Dios, que quiere que todos vayamos por el camino de la santidad, nos concede muchas veces estas gracias y debemos aprovecharnos de ellas. Gracias actuales son: Una muerte repentina de una persona amiga, un sermón escuchado con atención, una lectura espiritual, máxime de la Biblia, cuya lectura diaria no debiéramos omitir, pueden movernos a ser mejores e ir por el camino de la santidad, que es el que conduce al cielo.

El cielo

Toda la Escritura, dice San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad (Lib. de Civit).

Todo lo que existe en la tierra es extraordinariamente vano, de poca duración, variable, corruptible y engañoso. Al contrario, en el cielo, al lado de Dios, todo es sólido, eterno, inmutable, incorruptible, verdadero y seguro. El término de nuestra peregrinación es el cielo donde continuaremos gozando de vida bienaventurada y eterna, y con dicha indescriptible, pues como dice el apostol: *«Lo que*

el ojo no ha visto, ni el oido ha percibido, ni el corazón del hombre jamás concibió, es lo que Dios tiene preparado para los que le aman». (1 cor. 2,9).

Todo cristiano debe vivir como ciudadano del cielo donde tenemos nuestra verdadera patria.

En la Sagrada Escritura leemos: *Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre* (2 Cor. 5,1). *«Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios, apareceremos con Cristo en aquella gloria* (Col. 5,4), porqué *«Esta es la promesa que Dios nos ha hecho la vida eterna»* (1 Jn. 2,25).

Al morir, *nuestro cuerpo volverá a la tierra de la cual fue formado y a Dios retornará el espíritu (el alma) que Él le dio* (Eccl. 12,7). *Nuestro cuerpo es puesto en la tierra en estado de corrupción y resucitará incorruptible* (1 Cor. 15,42).

La Liturgia de la Misa nos consuela y anima a vivir con la esperanza del cielo a decirnos: «La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo».

San Pablo nos dice: *No estéis tristes como los que no tienen esperanza* (1 Tes. 4,13). Con la muerte pasamos a la inmortalidad (S. Cipriano). El cristia-

no muda la vida presente por otra mejor.

Veamos cómo hablan los Santos Padres de la Iglesia del cielo:

– El reino de los cielos sobrepuja en grandeza a todo lo que pueda decirse; es superior a todos los elegidos, y aventaja a todas las glorias imaginables (S. Agustín. Lib. de Civit).

– ¿Quién es el hombre de juicio que no quiere ser el pequeño número de los que van al cielo por la senda estrecha del Evangelio, más bien que juntarse con la multitud de los otros, que corriendo por el camino ancho van a caer en el eterno precipicio? (San Atanasio, sent. 8).

– La tierra no es más que una cárcel, un destierro; sin embargo, esta cárcel es ya bella y agrada, ¿qué será, pues, la Patria? (S. Agustín De conflict. vit.)

– Consta con mayor claridad que la luz del sol que las almas de los justos perfectos, inmediatamente después de abandonar la prisión de la carne, son recibidas en las mansiones celestalies. (S. Gregorio Magno. Dial. 4).

– No debemos buscar las cosas que no nos han de acompañar después de esta vida: aficionémonos únicamente a los bienes que nos han de seguir inseparablemente, y adornar para siempre nuestros cuerpos y nuestras almas... Cada una de nuestras

acciones, o nos acerca al infierno, si lleva el peso de la culpa, o nos habilita, si es virtuosa, para subir a Dios. (S. Basilio. Homil. 33, sent. 21).

– El reino de los cielos se consigue con la violencia. Los que son cobardes y perezosos no pueden conseguirlo, pues sólo se logra trabajando con mucho cuidado y diligencia. Por ser muy estrecho el camino del cielo, se necesita mucha constancia y valor para llegar a él. (S. Crisóstomo. Homil. 54. sent. 82).

– El camino es estrecho y difícil para el que camina por él con pena y pesadumbre; pero es ancho y fácil para el que camina con amor (S. Agustín. Ps. 30 sent. 13).

– Bienaventurados los limpios de corazón porqué ellos verán a Dios. (Mt. 5,8).

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Cada libro sólo cien pesetas

Catecismo de la Biblia, para conocerla bien.
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia.
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia.
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna.
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios.
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí.
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene.
¿Seré Sacerdote? Conveniencias y ventajas.
Para ser santo. Si de veras lo quieres, lo serás.
Para ser sabio. Importancia de las buenas lecturas.
Para ser feliz. Déjate conducir por Dios.
Para ser apóstol. Es muy importante y necesario.
¿Por qué no eres católico práctico? Razones para serlo.
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama.
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante.
La penitencia ¿qué valor tiene?
La formación del corazón. Aprende a dominarte.
La formación del carácter. Edúcate a tí mismo.
La reforma de la parroquia. Como hacerlo.
La Cruz y las cruces de la vida. Lo que nos convienen.
La religión verdadera. Y las diversas sectas.
La edad de la juventud. Y sus problemas.

Los Testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores.
Los males del mundo y sus remedios.
El más allá. La existencia de otra vida futura.
La Oración. En ella está la clave del éxito.
El Valor de la fe. La fe lo alcanza todo.
El Padrenuestro. Es la oración del Señor.
El Pueblo pide Sacerdotes Santos, no vulgares.
El Camino de la juventud. Consejos a los jóvenes.
El Niño y su educación. Cómo educarlos.
El mundo y sus peligros, y cómo debemos defendernos.
El Corazón de Jesús, quiere reinar por amor.
Somos peregrinos, vamos de camino al Cielo.
Tu Camino. ¿Has pensado en tu vocación?
Pecador, Dios te espera, no esperes más a convertirte.
Joven, levántate, aprende a combatir las pasiones.
Tu conversión, no la difieras, podrías no tener tiempo.
Siembra el bien. Sé amable y comprensivo.
El Problema del dolor. ¿Es necesario sufrir?
No pierdas la juventud. Consejos a los jóvenes.
Siguiendo la Misa. Modo práctico para oirla bien.
Visitas al Santísimo Sacramento, para todos los días.
El Valor de la limosna, lo sabremos en el cielo.
La Acción de gracias, después de la Comunión.
Las Almas Santas, según San Juan de Avila.
Errores modernos, sobre la democracia.
Marxismo o Cristianismo. Marx o Cristo.
Doctrina Protestante y Católica, en qué se diferencian.

Vive en gracia, no seas cadáver ambulante.

Sepamos perdonar, para que Dios nos perdone.

Dios y el Hombre. Grandezas de Dios.

La esperanza en la otra vida, ¿en qué se fundamenta?

La Sagrada Eucaristía, la misa y la comunión.

Educación Sexual, ¿quienes deben enseñarla.

La oración según la Biblia, su valor y su poder.

El Ideal más sublime. Ser apóstol y ministro de Dios.

Catequesis sobre la misa. Explicándola.

¿Qué es un comunista? Un hermano equivocado.

¿Por qué leer la Biblia? Y cómo leerla.

¿Qué es el Evangelio? El libro más importante.

Los siete sacramentos, y su importancia.

Cortesía y buenos modales. Urbanidad.

La Religión a tu alcance. Para entenderla bien.

La Misericordia de Dios, perdona a los arrepentidos.

Pecados que se cometen, son el mayor de los males.

El buen ejemplo, es el mejor predicador.

Siembra la alegría. Código de la amabilidad.

El valor del tiempo. Vale una eternidad.

El Escándalo y el respeto humano...

La vida religiosa, su valor y su belleza.

Dios todo lo ve, camina en su presencia.

La paciencia, su necesidad y sus ventajas.

La Ignorancia religiosa, es la causa de todos los males.

Dios se hizo hombre, y divinizó al hombre.

Vence la tentación, derrota a Satanás.

Ejercicios espirituales. Fin y destino del hombre.
Pensemos en el Cielo, es nuestra patria maravillosa.
Para aliviar la fe, en la Sgda. Eucaristía.
La felicidad de morir, sin deudas y sin pecados.
¿Existe el pecado? Y es lo más horrible del mundo.
El mayor de los males, el pecado de impureza.
El por qué de los castigos de Dios...
Orígenes de la Iglesia Católica...
Máximas Sapienciales y ejemplos doctrinales.
El Valor del Catecismo, el mejor libro del mundo.
Véncete, triunfa de tí mismo, sé valiente.
Los males de la lengua, son innumerables.
¿Dónde está la felicidad? Está en Dios, pídesela.
En manos de Dios, confía en la providencia.
La Vida presente y la futura, explicadas.
Somos blanco de contradicción, por seguir a Jesucristo.
Ejemplos que nos hablan de Dios y sus atributos.
Ejemplos sobre la oración, par imitar y seguir.

El precio de cada uno de estos libros es de sólo cien pesetas, más cuatro pesetas de I.V.A., total 104, para 1996. En los próximos años podrían variar los precios, según las características del papel. Los pueden encontrar en las librerías religiosas, o los puede pedir por correo a reembolso de su importe a la Editorial, teniendo en cuenta que la Editorial no sirve pedidos inferiores a mil pesetas, por lo que tendrían que pedir al menos diez libritos, que suman con el I.V.A. mil cuarenta pesetas, más doscientas pesetas de gastos de envío, total 1.240 pesetas.

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ Recaredo, 44. 41003 SEVILLA